

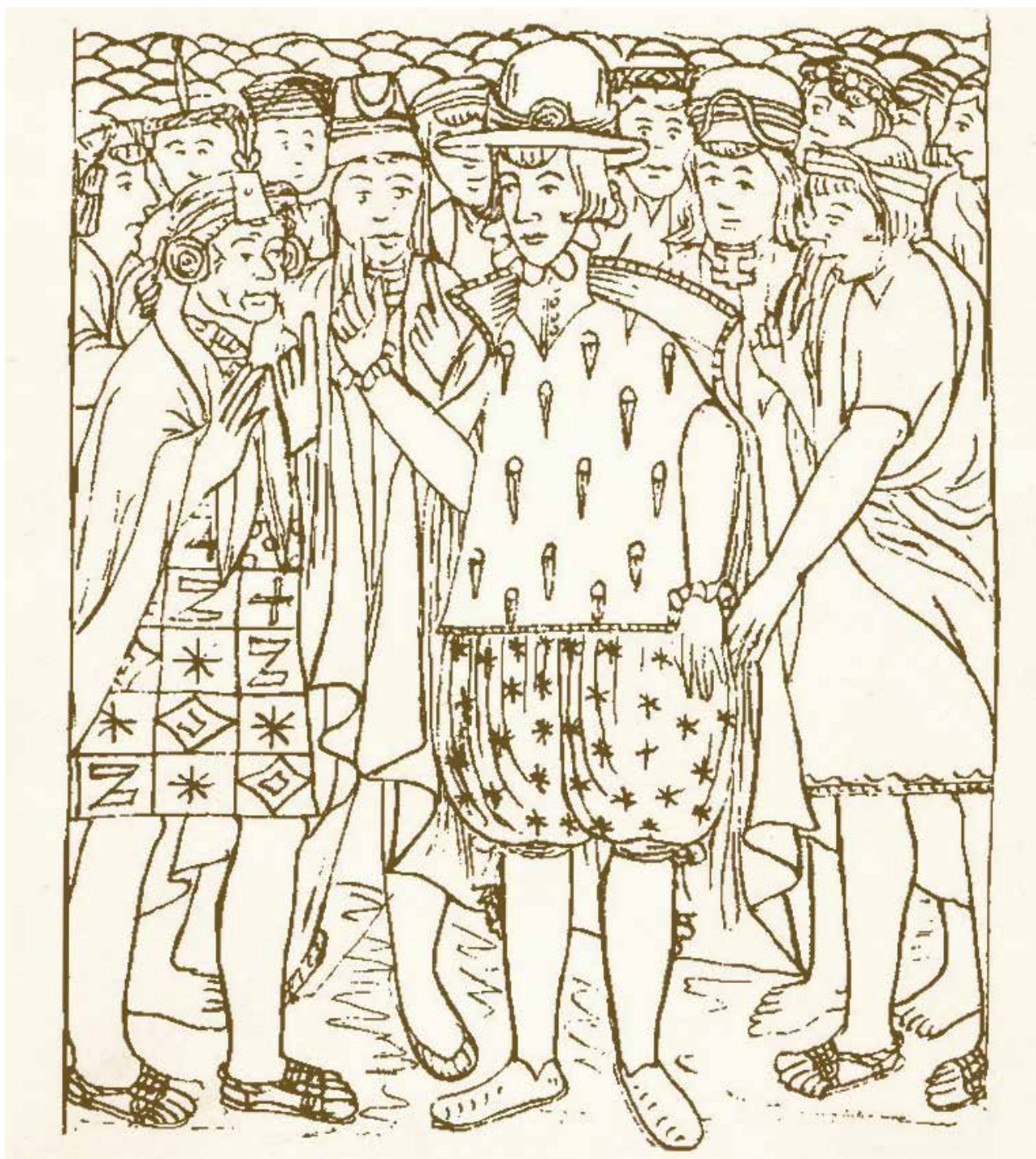
QUIPU

VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 117 26/8/2022

GUAMAN POMA, PERSONAJE LITERARIO



GUAMAN POMA COMO PERSONAJE LITERARIO

El narrador Luis Nieto Degregori (Cuzco, 1955) ha publicado una novela *-Muchas veces dudé* (Lima, Peisa, 2022)-, que tiene como protagonista a Felipe Guaman Poma de Ayala, en capítulos entrelazados con otros donde narra las pesquisas de dos investigadores contemporáneos a la caza de manuscritos afines. El relato de Nieto Degregori, quien ya había mostrado su pasión por los temas históricos en obras anteriores, resulta cautivante e invita a ahondar en el borroso rastro biográfico del célebre cronista andino. Aquí, fragmentos del primer capítulo, «Del mundo vuelve el autor».

A su casa, en la provincia de los Andamarca, Soras y Lucanas, en el pueblo de Santiago de Chipao, retornó el autor. El desasosiego que sintió al dejar su manuscrito en la corte del virrey don Juan de Mendoza y Luna había ido en aumento durante el largo camino de regreso, y ahora no le dejaba estar-se quieto. Casi treinta años de su vida había invertido en esa crónica o historia general y ni siquiera tenía la seguridad de que llegaría a manos de Su Majestad Felipe III. Se sentaba al escritorio y releía una y otra vez el borrador de la carta que había enviado al rey unos meses antes, en febrero de ese año de 1615. Salía al patio y lo trajinaba en todas las direcciones, volvía al escritorio, y tras abrir uno y otro cajón, se cercioraba de que los originales de su obra estuviesen a salvo. Su intención era ponerse a trabajar en una nueva copia, pero cuando lo intentaba la pluma se le caía de las manos. Subía entonces al Chipaamarca, el collado que le servía de atalaya, para contemplar el valle de Sondondo, pero tampoco esa vista le devolvía la serenidad como había ocurrido otrora.

En Los Reyes le habían llegado noticias de fray Martín de Murúa. Al parecer el mercedario se había embarcado en el Río de la Plata hacia su Guipúzcoa natal, tras un largo periplo que lo llevó desde Cuzco hasta Charcas, Potosí, Tucumán y sabe Dios qué ciudades y parajes más. Conociéndolo seguro que, lugar por el que pasaba, lugar donde buscaba a los personajes más encumbrados para ufanarse de su obra y de las acuarelas que la ilustraban.

¡La bicoca de casi medio siglo había transcurrido desde que conoció al mercedario en el Cuzco! ¡Quién creyera! ¡Y ahora los dos habían terminado sus historias generales y los dos pugnaban porque estas llegaran a manos de Su Majestad! ¡El vizcaíno -¡maldición!- tenía las de ganar! Él portaba personalmente su manuscrito a la corte y, si se pintaba la ocasión, no dudaría en denigrar a su antiguo discípulo. ¡Ojalá el océano se tragase la nave que lo llevaba!

Era cierto que fue como ayudante del mercedario que se adentró en las artes de la escritura y perfeccionó sus dibujos, pero no era menos cierto que pronto sus caminos tomaron rumbos muy distintos. Una vida llena de sacrificios y privaciones era el precio que él había pagado por servir a Su Majestad, abriéndole los ojos sobre los males y desventuras que padecían los indios a manos de corregidores y justicias, padres doctrinantes y encomenderos, caciques principales y mandoncillos. ¡El mercedario, en cambio, seguro que regresaba a España con arcones repletos del oro y la plata que había acumulado haciendo tejer de balde a las indias de sus doctrinas! En estos lucrativos negocios y en saciar su lujuria había puesto todo su empeño y no, como hacía creer a los incautos, en escribir esa su *Historia del origen y genealogía de los reyes Incas del Perú*, de la que tanto se jactaba.



Foto: Mónica Paredes

¡Qué mérito podía haber en repetir lo que tantos autores ya habían contado y en hacerlo además sin ton ni son, no declarando de dónde procedía el inca y de qué manera terminó todo su linaje! ¡Solo las acuarelas que ilustraban esas páginas tenían algún valor, y Dios sabía que la mayor parte de ellas eran de la mano del discípulo tan despreciado por el *tocto* maestro! Sí, *tocto*, como se le dice en quechua al pellejo frito del cerdo, porque el mercedario lo tenía tan grueso como el de tales animales.

Definitivamente, si quería recuperar algo de calma, debía presentarse bajo una mejor luz ante Su Majestad, ponderar a cabalidad sus servicios, explicar por qué razones no podía hacerle entrega de su manuscrito en sus propias manos, aunque precisamente ese era su más ferviente deseo. ¡Ay, si el rey supiera las desventuras que había corrido en su viaje a Lima! ¡Solamente la protección de Nuestra Señora de Peña de Francia lo había salvado de que le sucediera la peor de las desgracias!

Un poco más sosegado, el viejo cronista preparó papel, tinta y pluma y tomó asiento ante el escritorio. Ya tenía en mente, como le ocurría siempre que se apresuraba a escribir, el dibujo con el que ilustraría ese alegato y que le ayudaría a ordenar sus ideas: él en persona, acompañado de su hijo Francisco y de los fieles Lautaro y Amigo, cuando emprendían viaje a los Reyes, en plenos rigores de invierno. Cuando empezaba a esbozar la nueva ilustración se detuvo a pensar un rato si debía incluir en ese cuadro el caballo y las dos mulas que fueron de la partida. Finalmente, optó por prescindir de estas últimas.

Un par de días se le fueron en ese boceto, pero cuando terminó tenía además unas cuartillas llenas de apresuradas anotaciones. «¡Sacrificios, pobreza, trabajos, desventuras» -rezaba la primera de ellas y le bastó con releerla para evocar las enormes injusticias que se cometieron contra su persona. La que más dolor le causaba era la sentencia adversa que recibió en el juicio contra los chachapoyas, eso todavía el año de 1600, en la ciudad de Huamanga. No menor, sin embargo, era la afrenta que le propinaron en sus propios lares solo porque salió en defensa de su joven discípulo Cristóbal de León.

Sí, sí, sí, definitivamente en eso se resumía todo, en el infortunio que ahogaba a indios e indias de toda edad y condición sin que nadie moviera un dedo para ponerle remedio. Rememorar nomás su encuentro con esas tres viejas que se le acercaron en Castrovirreyna, en el asiento de un tal Sotomayor... ¿Sotomayor? Revisó sus notas y comprobó que sí, que ese era el nombre del personaje. ¡Pobres mujeres! Los andrajos que vestían apenas se sostenían en unos hombros huesudos cubiertos por un pellejo reseco. ¡Y la voz la tenían como un hilo del hambre que pasaban!



Primer Nueva Crónica, Mama Huaco, Cristóbal de Albornoz, Ciudad de los Reyes. Felipe Guaman Poma de Ayala, 1615

—Señor, nosotras estamos huidas... -recordó claramente las palabras con las que las ancianas comenzaron su relato.

El causante de su sufrimiento fue un tal doctor Ávila, visitador del obispado de la Ciudad de los Reyes, en el valle de Huarochiri. Ese nombre se le quedó grabado porque volvió a escucharlo no solo a su paso por esa provincia sino también en Lima, donde todavía se hablaba sobre un auto de fe por él ejecutado, en el que fue quemada una gran cantidad de momias e ídolos y se castigó con doscientos azotes a un indio hechicero {...}.

La Ciudad de los Reyes de Lima recordaba vívidamente sus impresiones lo dejó boquiabierto por lo atestada que estaba de indios de toda condición. Algunos, lo fue descubriendo a medida que pasaban los días, eran cimarrones que habían escapado de las obligaciones que tenían con sus caciques; otros eran criados *yanaconas* y hasta había buen número de indios bajos y tributarios que vestían como español, llevando cuello y espada al cinto. Igual de numerosas eran las indias que, aunque estaban casadas, andaban con españoles y negros, dedicadas a la putería.

Escribió sobre esto, no sin antes dejar constancia de su devoción por la Madre de Dios con las visitas que hizo a diversos monasterios e iglesias, sobre todo la de Nuestra Señora de la Peña de Francia de Santa Clara. En cambio, prefirió tragarse todas las humillaciones de las que fue objeto cuando intentó presentar su obra a Su Señoría, el virrey Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros. Tras semanas de tocar puertas, besar manos y calentar las sillas de toda clase de despachos, lo único que consiguió fue ser recibido por el secretario mayor de gobierno, Buenaventura Salinas de Córdoba.

Más de una vez debió hacer antesala durante horas para que finalmente algún amanuense le informara que lamentablemente ese día el secretario tampoco podría atenderlo. Cuando por fin la suerte se puso de su lado, se vio ante un jovencuelo de apenas poco más de veinte años que lo primero que hizo fue advertirle que disponía de poco tiempo. Igual, tras tomar asiento, hizo un repaso de su linaje antes de entrar de lleno a exponer el motivo de su visita:

—Los últimos treinta años de mi vida los he dedicado al servicio de Su Majestad, a escribir este tratado sobre el buen gobierno de las Indias -hizo el ademán de alcanzarle el voluminoso manuscrito que tenía entre manos.

El joven secretario, que ni siquiera había tomado asiento, se le acercó y, para su sorpresa, recibió el legajo. Lo colocó sobre la enorme mesa que usaba como escritorio, y comenzó a hojearlo. Él aprovechó para examinar el rostro del funcionario, en el que llamaba la atención una nariz aguileña que contrastaba con unos labios sensuales, dibujados. Físicamente no se parecía en nada a fray Martín de Murúa, pero igual le recordó a este por el aplomo y aires de superioridad que se daba a pesar de sus veintipocos años.

—¡Qué curioso! ¡Está acompañado de láminas! -fue el primer comentario que hizo Buenaventura.

—¡Cuatrocientas láminas! -puntualizó presto-. ¡Qué mejor manera de que Su Majestad conozca la historia y descendencia de los primeros reyes y señores incas!

—Veo que también se ocupa de la conquista de estos reinos...-lo interrumpió el secretario.

—¡Y del bueno gobierno! -añadió inmediatamente él-. Presento una relación de todos los virreyes de nuestro reino hasta llegar a don Juan de Mendoza y Luna y, sobre todo, sugiero a Su Majestad cómo hacer para que se conserven y multipliquen los indios...

—Sí, ya veo y veo también que no es de buena opinión sobre los sacerdotes: «Mala confesión...», «Verdugo...», «Con la doctrina se venga...», «Muy bravo y colérico...». ¿Cree que Su Majestad prestará oído a tales acusaciones? -endureció el tono de voz el joven secretario.

—Si es que hay que recriminar, recrimino... Si es que hay que ensalzar, ensalzo... En mi crónica, he tratado de poner siempre por delante la verdad...

—Aquí veo puras acusaciones y ninguna alabanza -frunció aún más el ceño el secretario-. Aunque no, veo que tiene en muy alta estima a los padres franciscanos...

—Los padres de la orden de San Francisco son cristianísimos y santos, de gran obediencia y humildad... -acotó él de inmediato y a partir de ese momento, de manera milagrosa, la conversación tomó otro cariz.

Finalmente, en manos de Buenaventura Salinas de Córdoba, el joven secretario de gobierno, quedó su manuscrito. Eso sí, con el pedido expreso de que todavía no fuera enviado a Su Majestad en tanto no se nombrara al nuevo virrey...

Varios días se dedicó a releer todo lo que había escrito y a buscar en sus notas y en la memoria si había omitido algo importante. Terminó tan exhausto que decidió poner punto final a esas cuartillas con una exhortación a Su Majestad: «¿Quién podrá escribirle ni hablarle ni allegarse a un personaje tan gran señor cristiano, Sacra Católica Real Majestad? Y así el autor hubo de escribir y trabajar esta *Nueva crónica y buen gobierno* de este reino en servicio de Dios y Su Majestad y bien, aumento, conservación y multiplico de los indios de este reino».

Era momento de pasar a limpio ese borrador. Calculó cuidadosamente el número de folios que necesitaría y seguidamente, con el papel que había comprado en Lima, armó un cuadernillo y puso manos a la obra. Empezó, como era su costumbre, no por la página de título, sino por la segunda, la que llevaría el dibujo que lo representaba a él mismo {...}.

A medida que avanzaba, calculaba que la extensión del mismo no excediera el número de folios que tenía reservados. Una pregunta entre tanto lo acuciaba: ¿debía viajar él mismo a los Reyes para añadir ese capítulo a su crónica? {...}.

En la portada: *Pregunta el autor*. Felipe Guaman Poma de Ayala, 1615



Foto: Herman Schwarz

BLANCA VARELA ENTREVISTADA

Cuarenta y siete entrevistas a la poeta Blanca Varela (Lima, 1926-2009) reúne la segunda edición del volumen compilado por Jorge Velarde Oliveros que lleva por título, precisamente, *Entrevistas a Blanca Varela* (Lima, Isegoria, 2022). La primera edición apareció en 2020 y se ve ahora enriquecida con cuatro nuevos diálogos y una crónica de Rodolfo Hinostroza, publicada originalmente en la revista *Caretas*. El libro contiene, además, numerosas notas, una cronología y un valioso anexo fotográfico.

«Esta colección -ha escrito Mario Vargas Llosa- es algo excepcional, las entrevistas reunidas aquí conforman un libro estupendo, sin desperdicio. Pese a su timidez, Blanca habla con mucha soltura, dice cosas que no se hubiera atrevido a decir entre sus amigos, de manera que este es un testimonio fuera de serie sobre una de las grandes poetas que ha producido el Perú». En efecto, la lectura de las entrevistas permite apreciar la deslumbrante agudeza con que la poeta escudriña su vida, su obra y los múltiples temas que aborda, bajo una implacable exigencia de autenticidad que nunca la abandona y le permite, incluso, expresar dudas o contradicciones. «No puedo -dice en una respuesta a propósito de su poesía- hablar de cosas que no sé, que no he vivido. Cuando digo «saber» no hablo del conocimiento sino de la experiencia».

A propósito de Blanca Varela, el mismo Jorge Velarde Oliveros editó hace poco *Cine: opinión y chisme* (Lima, Isegoria, 2021), volumen en el que recoge una serie de comentarios y críticas de cine que la poeta, bajo el seudónimo de Cosme, publicó en la revista limeña *Oiga*, entre 1963 y 1965. Compilar y publicar la obra periodística completa de la ganadora del Premio Reina Sofía (2007) y de otras importantes distinciones, puede ser una próxima tarea, que habrán de agradecer también sus crecientes lectores y admiradores.

AGENDA



Museo de Arte Italiano, Lima

ITALIA EN EL PERÚ

La conmemoración del Bicentenario de la Independencia ha permitido la aparición de una cuantiosa bibliografía en torno a temas históricos del Perú. Figura entre ellos un volumen dedicado a poner de relieve la presencia italiana en nuestro país, desde los primeros días de la conquista española y los inicios de la pintura virreinal hasta algunas recientes voces de las letras nacionales, así como a dar testimonio de la presencia peruana en Italia, donde reside una numerosa y laboriosa comunidad. El libro *Perú-Italia. Mas allá del Bicentenario / Oltre el Bicentenario* (2021) tiene como editores a César Jordán, José Antonio Mazzotti y Rafael Sánchez-Concha, autores también de algunos de los ensayos que enriquecen esta obra, junto a textos de estudiosos como Sandro Patrucco, Elena Romiti, Oswaldo Holguín, María Eugenia Veneri, Verónica Pastorino, Marta L. Canfield o Andrea Paiva, entre otros. Este libro viene, en cierto modo, a completar el que escribiera hace casi dos décadas Giovanni Bonfiglio, *Los italianos en la sociedad peruana: una visión histórica* (Lima, Saywa, 1994), de consulta indispensable para los interesados en el tema.

<https://cutt.ly/vXPW4YP>



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe